

Los Contemporáneos

513

DELMONTE,
DIPUTADO

NOVELA HUMORÍSTICA



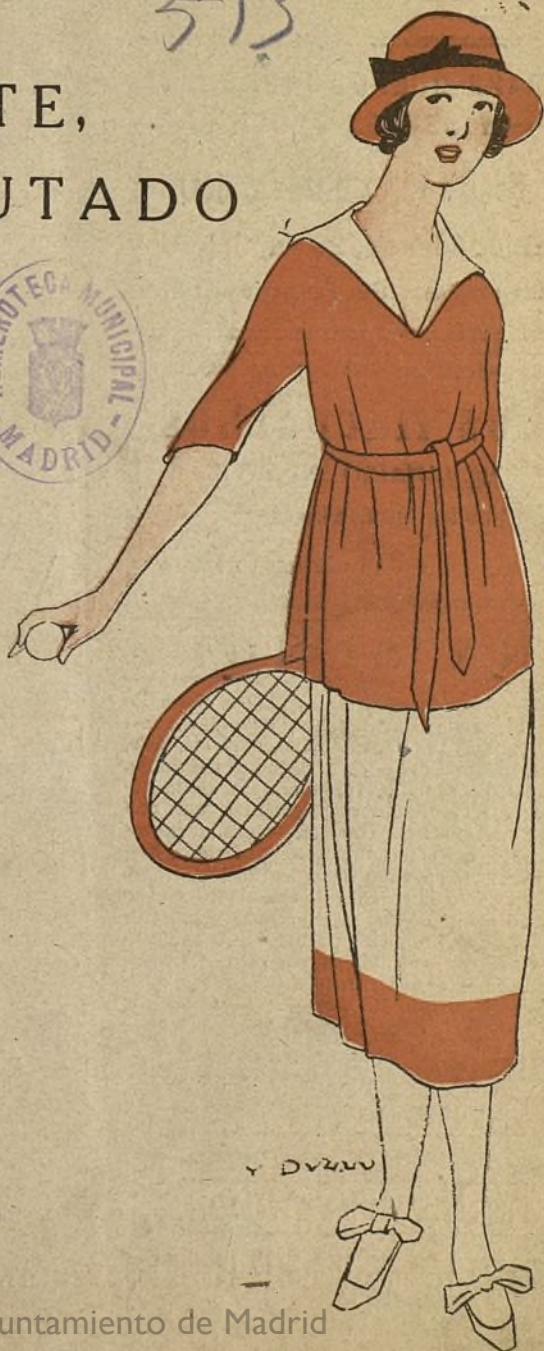
POR

Francisco Moya Rico

Número extraordinario

10 Cents.

Ayuntamiento de Madrid



PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afiñaciones y reparaciones. — **CASA ALONSO** Fundada en 1865 **22, Valverde, 22.** — TELÉFONO 5.400.

**PARA BUENOS IMPRESOS
→ Y SELLOS CAUCHO ←**

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

Los Muchachos

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los domingos

15 céntimos número

UNA SEÑORA

ofrece comunicar **gratuitamente** a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D^a Carmen T. García, Salmerón, 167.—Barcelona.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Ayuntamiento de Madrid



Quando más la Luna brilla
y encanta con su hermosura,
es cuando con aeroplanos
adquiere, con gran premura,
los productos PECA CURA
de casa Cortés Hermanos.

**Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.**

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocio FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, Acacia, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS --BARCELONA



DELMONTE, DIPUTADO

NOVELA RIGUROSAMENTE HISTÓRICA EN ALGUNOS CAPÍTULOS Y UN TANTO FANTÁSTICA EN OTROS, AUNQUE SEGÚN VAN LAS COSAS, ESTAS FANTASÍAS SERÁN TAMBIÉN REALIDADES EN TIEMPO NO LEJANO. VIVIR PARA VER.

I

La corrida resultó imponente, épica, gloriosa. Los viejos aficionados no recordaban un espectáculo semejante. El fenómeno, proponiéndose sin duda eclipsar todas sus anteriores y nunca vistas heroicidades, hizo cosas estupendas y que debieron ser esculpidas en mármoles de Carrara.

Pedro Delmonte había trastornado y enajenado a la afición, ya bastante enajenada de suyo. ¡Qué verónicas y qué faroles! ¡Qué quites, “arrollándose el toro” a la cintura! ¡Qué manera de mandar y vaciar con la muleta, y qué modo de enterrar el estoque por las agujas, mojándose los dedos y saliendo por los costillares...! Un asombro.

Al acabar la fiesta, la multitud, como un río salido de madre y de padre, invadió el redondel, y los más entusiastas “aficionaos” echaron mano al fenómeno por el gañote y cargaron con él a hombros, dando así una vuelta por el ruedo con el propósito de que muchas damas que no se habían atrevido a saltar la barrera, aplaudiesen, también fuera de madre, al portento taurómico.

Sacáronle después a la calle, y hubo sus más y sus menos sobre quiénes debían conducir a cuestras el cuerpo augusto, sagrado y sobrenatural del héroe. Ciudadanos de todas las capas sociales, empezando por algunos consejeros de la Corona para conducir en

el más humilde mozo de cuerda, se disputaban airadamente tan extraordinario galardón... ¡Qué honra para la familia!

La bronca no llevaba trazas de terminar, y poco faltó para que los más enardecidos llegasen a las manos y aun a los pies. Alguien — el duque de I — propuso como medida conciliadora que el fenómeno fuera en su coche, del que podían tirar todos los circunstantes por riguroso turno.

Desechóse la proposición, que no dejaba de ser acertada y pertinente, y, por fin se decidió que llevasen en hombros a Delmonte un ex ministro y un ex subsecretario de Instrucción pública y Bellas Artes, en atención a que entre éstas ocupa el primer lugar el divino Arte de Montes, sublimizado hasta lo inverosímil por Pedrillo, como llamaban las gentes al fenómeno, con una irrespetuosidad inaudita.

Pero era completamente imposible que aquellos dos señores tuvieran fuerzas bastantes para atravesar con la preciosa carga toda la población, por lo que se les nombraron sustitutos, que entrarían en funciones a su hora. Este nombramiento recayó en un ilustre literato, un pintor famoso, un bizarro militar y un poeta insigne, íntimos del fenómeno.

Organizóse la imponentísima manifestación. La calle de Alcalá resultaba insuficiente para contener tan enorme multitud. En las aceras agolpábanse los curiosos, como asimismo en los balcones. Hubo personas que se subieron a los árboles, a los faroles y a las columnas del tranvía, y hasta por los tejados andaba una porción de gente. Y todos, ebrios de entusiasmo y agitando las manos, los sombreros y los bastones, gritaban desaforadamente:

— ¡Olé los tíos!

— ¡Eres el más grande! ¡El único!

— ¡Ahí va el amo!

— ¡Vaya un "gachó"!

— ¡Viva Delmonte!

Y así sucesivamente.

Al llegar a las Escuelas de Aguirre, hizo alto la comitiva para cambiar de "cargadores", y para que los niños que allí se encontraban pudiesen admirar con detenimiento al fenómeno. Así apreciarían los infantes cómo honran las multitudes a los hombres que enaltecen y glorifican a su patria ante los ojos del mundo, sobresaliendo del nivel ordinario, y más si los llevan a hombros...

Sin poner los pies en el suelo, pasó Pedrillo a poder del literato y del poeta de marras. Y el ex subsecretario, con lágrimas en los ojos y después de secarse el sudor con un pañuelo de hierbas, estampó un casto y sonoro beso en la venerada barbilla del fenómeno, a la vez que exclamaba enternecido:

— Ave, César... Ave.

Y al punto, dirigiéndose al literato, le preguntó en voz baja:

— Oye, tú... ¿Se dice así eso?... Porque yo, chico, no estoy muy fuerte en Historia Natural.

— Sí, hombre, sí... Está bien. Eso se lo decían antiguamente al empresario de un "cine" de Roma que se llamaba César, aunque también hay quien asegura que se llamaba Julio, y por sobrenombre, "El Cayo".

— ¿No sería "El Gallo"?

— ¡Cállate, "asaura"! A nadie más que a ti puede ocurrírsele mentar ahora a ese tipo, es decir, a esos tipos...

La comitiva reanudó la marcha y otra vez estallaron los vítores y las aclamaciones, y de nuevo se armó la

más tremebunda y caótica algarabía.

Un pequeño tumulto atrajo todas las miradas. Un hombre de edad, elegantemente vestido y de venerable aspecto, se había encaramado a la verja del Parque de Madrid, y dirigiéndose a la estatua de Espartero, gritaba como un energúmeno:

—¡Eso es una injusticia, un crimen, y una prueba de que somos un pueblo incapaz de regenerarse... ¡Ahi tenéis al "Espartero", perpetuado en bronce, al parecer, porque yo no distingo de metalurgias... Y ya sabéis todos quién fué ese infeliz, y los que no lo sepáis, averiguarlo... Y si no, yo os lo diré... Fué un pobrete que vendía alpargatas y que se metió a toreiro como se pudo meter a otra cosa... Y ahí le tenéis, repito, con su estatua, y en cambio, Delmonte, ese serafín con coleta, aún no la tiene... ¡Eso es intolerable, y los que lo consentimos somos unos sinvergüenzas...! ¡Hay que tirar abajo ese monumento!... ¡Pero que ahora mismo...! Las cosas en caliente.

Y uniendo la acción a la palabra, aquel ciudadano, seguido de innumerables personas, se encaminó resueltamente hacia el pobre D. Baldomero. Y es seguro que habrían hecho algún estropicio, si alguien no les hubiera demostrado la inoportunidad de promover en aquellos solemnes instantes un incidente que podría restar importancia a la apoteosis de Pedrillo. Trabajo costó poderles convencer, pero al fin desistieron de su propósito, aunque firmemente decididos a ponerlo en práctica otro día.

La avalancha prosiguió su camino, pero pronto un nuevo obstáculo la detuvo. En el centro de la calle, un señor, de luenga barba y de porte distinguido, había puesto cátedra de toreo

"delmontiano". Y eran de ver las cosas que el hombre hacía ante un considerable grupo de gente.

—Se empapa con la izquierda, se mete el pie, se dobla la cintura, se saca el pecho y se gira sobre el talón... Así...

Y el maestro ejecutó seguidamente el pase natural más acabado que hasta la fecha se dió y se vió dar en el mundo. Es decir, algún ligero defectillo debió tener aquello cuando uno de los circunstantes, hombre también que por las trazas tampoco era ningún pelagatos, se atrevió a objetar:

—Ahí falta el quinto tiempo, que no lo ha marcado usted... La salida del embroque, que se hace de esta forma.

Y el preopinante marcó el tiempo omitido.

—Está usted equivocado. Eso no es así—replicó el profesor primero.—Con arquear el cuerpo, basta para rematar la suerte. Véase cómo.

Nueva y detenida lección.

—¡Quite usted, hombre!... Usted si que está *errao*.

—El *errao* lo será usted, caballero.

—¿Eso va con segunda?

—Y con tercera, si es preciso...

Poco faltó para que los discutidores se enredasen a moquetes, lo que con seguridad hubiera ocurrido al no intervenir algunas personas.

La diferencia de ejecución y apreciación de aquel pase natural, extendióse entre la gente, y aquello fué una locura, pues mientras los unos sostenían que estaba en lo firme el primero de los profesores del margen, los otros daban la razón al segundo. Y todos se esforzaban en demostrar prácticamente lo acertado de sus teorías, *empapando, metiendo el pie, do-*

blando la cintura, sacando el pecho y girando sobre el talón, sin olvidarse de la salida del embroque...

Llegó por fin la comitiva al domicilio del fenómeno, pues aunque alguien expuso la conveniencia de llevarle hasta la Moncloa, la proposición fué desechada, no porque los entusiastas aficionados no tuvieran arreóstos bastantes para conducirlo a cuestras al Polo Norte, si era preciso, sino porque Pedrillo necesitaba descansar y reponerse de tantas emociones.

Siempre a hombros, subió el astro la escalera. La multitud, estacionóse en la calle para reclamar al punto la presencia del fenómeno en el balcón, con objeto de que les dirigiese la palabra.

—¡Que se asome, que se asome...! ¡Que hable, que hable!—gritaban mil voces a un tiempo.

Un individuo exclamó:

—¿Y si no sabe...?

—Mejor que usted—le interrumpió airadamente otro ciudadano.

—Quiero decir que ¿y si no sabe pronunciar discursos?

Abrióse el balcón y apareció en él el ex Subsecretario de Instrucción Pública.

—Señores... Con verdadera satisfacción correspondería el fenómeno a estas calurosas *si que también* justas manifestaciones de entusiasmo. Pero por desgracia para él y para vosotros, no puede ser... Le ha rendido tan conmovedor homenaje, superior a sus fuerzas... Está en una *chaise-longue* donde le hemos echado como si fuera un talego...

Hay una pausa.

El orador habla unos instantes con el apoderado de Pedrillo que se ha acercado a él.

—Me dicen—continuó,—que el fenómeno se ha quedado dormido y que ronca que es una bendición... Retíraos, pues, y hasta otro día... ¡Callad, callad, que no se despierte!...

El público desfiló con lentitud y en silencio, y poco después no quedaba nadie por aquellas latitudes.



El fenómeno pasó la noche durmiendo como un lirón, es decir, como dicen que duermen los lirones, porque yo no los he visto. Y mientras él se hallaba en los dulces brazos de Morfeo, la mayoría de los habitantes de

Madrid pasaban la noche en claro,—y cuenta que entre estos individuos los había que no eran capaces de pasar un mal rato ni por el propio autor de sus días,—comentando acaloradamente en los cafés, en los teatros, en

las tertulias, en las calles, en el seno de la familia, en todas partes, en fin, el triunfo enorme, colosal y sin precedentes, de Pedrillo. Los restantes extremos que podían y debían reclamar la atención pública y que no eran pocos ni de poca monta, tales como los conflictos diplomáticos de fuera y de dentro; el que nadie, a excepción del fenómeno, de algunos políticos y de dos o tres banqueros pudiese comer, beber ni vivir, y las críticas circunstancias porque atravesaba la Nación, en la que todo estaba desquiciado, patas arriba y de mala manera, fueron relegados a último término. ¿Qué significaban estas pequeñeces al lado de media verónica escalofriante de Delmonte metiéndose el toro en la tripa o, si se quiere, en las tripas?

Ya bien entrado el día, se despertó Pedrillo. Restregándose los ojos se desperezó, y sentándose en la cama, le preguntó a su mozo de estoques, que se hallaba leyendo un periódico:

—¿Qu'hora es?

—Y'han dao las once.

—¡Camará, qué moó e dormir!

—Falta t'hacía descansar del jaleo d'ayer. ¡Fué suave! ¡Cuidao que se pone pesá la gente!

El fenómeno se tumbó de nuevo.

—¿Qué léas ahí?

—La revista e toros, que está hecha como *Dios*. "Bigotillo" te nombra monumento nacional ná menos. ¡Una tontez!

—¿Y qu'es eso?

—Hombre, a punto fijo, lo iznoro, es decir, se m'ha olvidao, porqu'antes, cuando yo estudiaba en la Universidad de San Carlos, lo sabía... Es algo así como una cosa que no se pué tocar, que no pué tirarse al suelo, y

que no se pué caer nunca... ¿M'entiendes?

—Pero que ni tanto así.

—Ni te corre prisa.

Breve pausa. Pedrillo se despereza otra vez.

—Alárgame uno d'esos libros que me trajo anoche Don Antón.

El fenómeno se pone a leer. Al poco rato, suena un timbre.

—Ya empiezan a venir esos pelmazos—exclama de mal humor el mozo de estoques.

Entran en la alcoba el insigne literato y el notable poeta que el día anterior habían tenido la honra de conducir a cuestras al fenómeno por las calles de la población.

—¿Se ha descansado, gloria de la raza? —interrogó el primero de los aludidos señores.

—Así, así... Se m'ha puesto un dolor en semejante parte, en la región *umbilical*, que no m'ha dejao tranquilo un momento. Yo supongo que sea porque ayer me trajisteis de mala postura.

—Pues yo tampoco pude dormir en toda la noche... ¡Tengo unas agujetas!...

—Si estoy yo aquí—exclamó el varite,—te quito ese dolor que dices en un santiamén. Te hubiese dado unas friegas de aguarrás y asunto concluido... ¿Quieres que te las dé ahora?

—No... Parece que se me va pasando...

Otra pausa. El literato y el poeta toman asiento en un elegantísimo sofá estilo Luis XV.

—¿Qué estás leyendo, Pedrillo?—interrogó el poeta.

—Una novela de Oscar Guaild.

—¿De quién?

—De Oscar Guaild, o Wilde, pa vosotros los españoles que no cha-

muyais en el idioma de *Chéspir*, es decir, *Sacaspeare*... Y Rogelio me va a traer mañana una obra que quita el hipo: *Paterga* y *Parapilómena*, de Chopenjuagüer.

—¿Cómo?

—De Chopenjuagüer, un filósofo ruso, que es también autor de otro libro que voy a comprar esta misma tarde, y que se titula *La visión de los colores*.

—¿No será *La visión de los peces de colores*?

—No sé.

Terció el literato.

—Nada, nada... Eres un hombre excepcional, un verdadero fenómeno por donde quiera que se te mire. Si todos los españoles fueran como tú, otra sería la suerte de este desventurado país de analfabetos, de zurriburris y de zonzos.

—¿De qué?—preguntó Pedrillo—. También usted, por lo que veo, sabe idiomas.

—Eso es español neto y nato.

—Nadie lo diría.

Se hace el silencio. El fenómeno lee. El escritor, el vate y el mozo de estoques le miran boquiabiertos.

Vuelve a sonar el timbre de la puerta. Instantes después la alcoba se llena de gente. Todos felicitan y abrazan a Pedrillo, y hay hasta quien deposita un tierno y resonante ósculo en su ángulo facial. El héroe corresponde, "bondoso y con sonrisa", a tan efusivas y cariñosas pruebas de afecto.

—Muy bien, chico, muy bien—exclama un señor de apostólica presencia.

—¿Qué diría el Papa y los papas... natas que le siguen?—añade otro sujeto, chistosísimo de suyo.

—¿Qué dice "Don Darío" en la

revista de "El Ideal"?—agrega un tercero.

—Gimnasia sueca hace pa salirse por la tangente, y le tira a Pedrillo dos o tres viajes de mala índole—contestó el mozo de estoques—. Pero al remate no tié más remedio que cantar la gallina. Si lo que ayer hizo éste llega a hacerlo "El Pollo", a estas horas "Don Darío" s'ha suicidado d'alegría.

—¡Hay que ver qué faenas! Yo nunca vi nada semejante—exclama el bizarro militar de quien anteriormente hicimos mención.

—El que tú no lo vieras, no tiene, al fin y al cabo, nada de particular, porque eres miope y "no ves gota"—dice el famoso pintor, también aludido—. Yo tengo más vista que un águila y tampoco vi nunca nada parecido, ni remotamente aproximado.

Se generaliza la conversación.

—¡Qué verónicas!

—¡Qué faroles!

—¡Qué farolas, querrá usted decir!

—¡Qué quites por las afueras, jugándoselo todo!

—¡Y qué pases de muleta, qué estocás y qué cosas!

—¡Que aprenda "El Pollo", que no es más que un ratimaguero, y un ventajista, y un pasmao!

—¡Eres el más grande!

—¡El único!

—¡El amo!

—Justo... El amo... "Y aquel que diga lo contrario, miente", como dijo Gil Blas de Santillana—exclamó en tono altisonante un popular revistero taurino que conoce a fondo a los clásicos de nuestra literatura.

—¿Quién ustés callarse, cabayeros?—balbuceó conmovido el fenómeno—. No es pa tanto. Yo no hice

más que cumplir, igual que lo hago siempre..., siempre que puedo.

—Eso es lo que te mata a ti: la modestia. Si no fuese por nosotros, por tus amigos, no hubieses sido na en tu vida, y te hubieras muerto en un rincón...

—Y que lo diga usted mu fuerte— interrumpió el mozo de estoques.

—Y lo sostengo donde sea necesario, y aunque tenga que matarme con uno.

Pedrillo bosteza ruidosamente. Y a continuación exclama:

—Me siento romántico.

En un extremo de la alcoba oyese un ruido formidable. Pronto se averiguó la causa que lo produjo. Un individuo, a quien por cierto no conocía ninguno de los señores allí presentes, se había caído al suelo, sin sentido.

Levantáronle y le acomodaron en el sofá, donde inútilmente pretendieron que reaccionase. Aquel hombre estaba como muerto.

—Ha debido ser un ataque "celebral"—exclamó el mozo de estoques.

—No le encuentro el pulso—añadió el poeta.

—Será que esa parte no funcionará. Mire usted a ver en la otra mano.

—Hombre, tienes razón... Aquí sí se percibe... ¿Y qué hacemos?... La cosa es urgente.

—En ese armario está el botiquín—dijo el fenómeno—. Tal vez valga algo de eso.

El mozo de estoques va poniendo sobre una silla buen número de frascos, a la vez que lee las respectivas etiquetas.

—Tintura de yodo... Bálsamo tranquilo... Sublimao... Embrocación... Eter...

—Basta—interrumpe el revistero—.

Darle a beber un poco de éter, y reaccionará en seguida.

—No, hombre, no... Beberlo, no. Es mejor echárselo por la cabeza—dice el militar.

—Con olerlo le basta—añade un individuo anónimo.

En este punto, el accidentado abrió los ojos, miró a todas partes, y se pasó la mano por el frontal repetidas veces.

—¿Qué ha sido eso?—le preguntó el literato.

—No sé... Estaba oyéndoles hablar a ustedes y contemplando al señor—señala a Pedrillo—, y de pronto sentí como si me hubiesen dado con una maza en la nuca... Y hasta ahora.

—Bueno, bueno, la cosa ya pasó—dijo el fenómeno—. Estése usted ahí sentao... Oye, Felipe... Tráete una botella de manzanilla y dale un par de copas a ese señor... Verá usted qué pronto se le pasa el mareo.

El mozo de estoques obedece la indicación de Pedrillo, y los demás rodean de nuevo la cama del fenómeno.

—Y qué, ¿no sales hoy a dar un paseo? Hace un día magnífico—exclamó el literato.

—No tengo ganas, la verdá. Estoy mondao.

—No importa... Vámonos a la Cuesta de las Perdices... Aquí este amigo, a quien te presento, el marqués de Santa Coleta, nos convida a almorzar... Anímate, hombre, anímate... Abajo nos aguarda el "Marmón".

—¿Quién?

—El automóvil, un 200 HP. que quita la cabeza.

—¡Ah, ya!... Creí que sería algún aficionao.

Entre todos consiguieron por fin convencer a Pedrillo.

—Vaya, puesto que os empeñáis...
Voy a vestirme.

—Yo te vestiré.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Nosotros te vestiremos.

—Y nosotros.

En un periquete quedó Pedrillo dispuesto para salir.

—Ea, vámonos.

—Espera, espera, que no va bien hecho el nudo de la corbata... Así...
Y ponte el sombrero más de lao...

¡Ajá!... ¡Pero que ni el Apolo de Belbédere!

Momentos después tomaban asiento en el auto el fenómeno, el marqués, el literato, el poeta, el militar y el pintor. En la delantera, con el "chauffer", acomodóse el revistero devoto de los clásicos.

—Vaya, adiós, señores, hasta la vista—exclamó Pedrillo, dirigiéndose a todos los que se quedaban a pie. Siempre suyo "afectismo".

Arrancó el coche, entre vivas y aclamaciones entusiastas.

III

Ya hemos dicho anteriormente que la nación, por donde quiera que se la mirase, era un caos tremebundo, "máquina y laberinto de cosas", y que todo estaba desquiciado, descentrado y patas arriba.

Nadie se hallaba conforme con su suerte ni con la de los demás; nadie se entendía ni quería entenderse. Estos protestaban de aquellos; aquellos decían que los culpables de lo que pasaba eran los otros; los otros se lo achacaban a los de allá; los de allá, a los de acullá, y así sucesivamente. Los de abajo trinaban contra los de arriba, y viceversa; los obreros y los patronos se odiaban mortalmente, y una huelga se solucionaba con otra, o a tiros, que es también una solución;

la autoridad, era un sueño; la moralidad, una utopía; la justicia, un mito; el orden, una ficción, y la honradez, la vergüenza, el recato, la honestidad y la virtud, más que ficciones. La vida resultaba un verdadero milagro, pues las subsistencias casi habían desaparecido, y las que aún existían, alcanzaban precios fabulosos. Y con tan espantable y descomunal conjunto, es decir, desconjunto, el reino e islas adyacentes iba "liquidando" poco a poco y sin remisión.

En un punto nada más coincidían tan opuestas opiniones, tan encontradas y antagónicas tendencias: en combatir al Gobierno, al que todo el mundo hacía responsable del fatal estado en que se hallaba la nación. Y, natu-

ralmente, el Gobierno no pudo resistir tan furibundas embestidas, y el tinglado ministerial dió en el suelo de golpe y de mala manera.

En virtud de la absoluta disparidad de criterios, juicios y orientaciones, la resolución de la crisis fué laboriosa y difícilísima. Una semana tardó en resolverse el asunto. Bien es verdad que la política entraba en una nueva fase y que los hombres públicos se encontraban ante problemas y dilemas que nunca se les habían planteado, ni pudieron pensar que llegase el momento de que se los plantearan. Varones de éstos hubo que no podían comprender cómo era posible que en España se hubiese acabado la bendita costumbre de solucionar los conflictos de esta índole yéndose los gobernantes de hoy para que volviesen los de ayer. Ni tampoco se explicaban que se pretendiera desterrar la política histórica y el turno pacífico de los partidos y de las respetables y considerables familias de los prohombres de estos partidos, quienes se repartían buenamente todos los puestos de la gobernación del país en los que se podía "chupar" algo, cuanto más y por más sitios, mejor.

—Pero ¿qué locura es esta?—decían en el colmo de la indignación los tales repúblicos—. ¿Qué pasa aquí? ¿Dónde vamos por este camino? ¿Qué querrá la gente...? ¿Hay que ver qué ocurrencia!... Cuando todo el mundo en el mundo se une y apoya a sus respectivos Gobiernos, encarnación y guía de la patria, aquí pretenden prescindir de nosotros... ¡Qué atrocidad! ¿Qué va a ser del pobre pueblo, inconsciente y extraviado?

La opinión no hacía caso alguno de estas lamentaciones. Las palabras "renovación", "regeneración", "revi-

sión" y otras análogas se oían por doquier. Era indispensable, urgentísimo, romper antiguos moldes, prescindir de añejas rutinas, desecher viejos recursos, barrer codicias y concupiscencias y marcar salvadoras orientaciones.

Al fin se resolvió la crisis, y por cierto de una forma que no satisfizo a nadie. Para unos, el arreglo fué una especie de parto de los montes, y para otros, una solución que dejaba las cosas peor que antes estaban. Estos decían que aquel viaje se podía haber hecho sin alforjas, y sin necesidad de emplear en él los ocho días que se emplearon, y aquellos daban por seguro que la nueva situación política—un Ministerio llamado de concentración—duraría escasamente un mes.

El autor de la presente novela participaba de todas estas opiniones y de algunas más, que no especifica porque a nadie le importan. Además, él se dió por satisfecho con que el asunto se rematase de manera que le permitiese completar la fantasía que te está "colocando", bondadoso lector. Así, pues, adelante con los faroles.

El nuevo Gobierno determinó ante todo "mover" el cuerpo electoral, para que se manifestase la voluntad soberana del país. En las precedentes manifestaciones de esta índole que se habían celebrado en España desde tiempo inmemorial, se sabía con antelación el resultado del aludido "movimiento". Los ciudadanos que la vispera de acudir a los comicios se acostaban siendo conservadores, se levantaban siendo liberales de pura cepa, de igual modo que al ser preciso se hubieran convertido los carlistas en republicanos, los radicales en mauristas, los socialistas en neocatólicos, y así sucesivamente. Pero esto ya había

terminado, por resultar incompatible con los vivísimos anhelos de regeneración, renovación y revisión que flotaban en el ambiente.

Aprestáronse a la lucha los partidos y las partidas, y los más ilustres miembros de las innumerables "especies" fueron designados para disputarse los votos de los electores.

No se sabe dónde, cómo ni cuándo nació la idea, ni se sabe tampoco en qué privilegiado magín se incubaría, aunque hay motivos para creer que germinó en la mollera de uno de los íntimos del fenómeno, el cual—el íntimo—había tenido ya otras muchas ocurrencias nunca bastante ponderadas. Pero concretamente nada se puede asegurar. El caso fué que tres días antes de las elecciones aparecieron en todas las esquinas y por todas las paredes de la capital unos colosales cartelones amarillos y rojos, en cuyo centro se leía, en descomunales caracteres tipográficos, el nombre del fenómeno como candidato a la Diputación a Cortes. En la parte superior de dichos carteles aparecía un admirable retrato de Pedrillo, medio desnudo, reproducción de un cuadro que acababa de publicar "La Esfera", y cuyo original era obra del insigne pintor a quien antes nos referimos. Y debajo del nombre del asombro coletudo, leíase un manifiesto dirigido a los electores y que seguramente se debía a la delicada y brillante péñola del literato también aludido.

La candidatura produjo una impresión indescriptible, y cayó como una bomba entre los ciudadanos conscientes y capacitados y con voz y voto. Jamás candidato de ningún partido, desde que se implantó esa fantástica conquista democrática que se denominaba sufragio universal, fué más "calu-

rosa" y entusiastamente acogido por la opinión. Bien es verdad que tampoco ninguno de los patriotas que hasta entonces se habían disputado la honrosa representación del pueblo, disfrutó nunca, ni siquiera soñando, de la inmensa y merecida popularidad de Pedrillo. Sólo "El Pollo", si se hubiese presentado también a la elección o le hubieran presentado sus admiradores, habría podido equilibrarse con el fenómeno y repartirse con él los sufragios. Pero no entraba en los cálculos de "El Pollo" "meterse" en política. Además, era hombre de aristocráticas inclinaciones, y no le "caía" bien el ocupar un escaño en el Congreso, ni le seducía conseguir la investidura de padre de la Patria, distinción venida muy a menos y al alcance ya de todas las fortunas y de todas las inteligencias. La poltrona senatorial le parecía un poco más aceptable, y al Senado iría *El Pollo*, siempre que le diera la gana. Contaba para ello con la valiosa ayuda de todos los grandes de España de primera clase, íntimos amigos y "adoradores" suyos, y con la amistad de los jefes de los principales partidos políticos, alguno de los cuales jefes era más que "adorador" de "el Pollo". Me consta.

La gente no hablaba de otra cosa, y los periódicos de la capital, cualquiera que fuese su importancia y significación y sin acordarse de las ideas y principios que cada uno defendía—hay que advertir que el fenómeno se presentaba, o le presentaban, según la creencia general, con el carácter de independiente—, publicaron durante aquellos tres días en el lugar del artículo llamado de "fondo", y digo esto, porque muchas veces los escritos de referencia no tienen "fon-

do" de ninguna clase, el manifiesto de la candidatura.

No nos podemos resistir a copiar a continuación aquella pieza literaria, que era como quedarse "de una pieza". Decía así:

"Ciudadanos: El país y sus alrededores están, como si dijéramos, dando las boqueadas. Y es casi seguro que si el Señor no lo remedia, todo se hundirá y desaparecerá en el abismo, y los viajeros que en no lejano día tengan que discurrir por los yermos y tristes campos de soledad de la tierra hispana, se encontrarán con una cruz de piedra en el Cerro de los Angeles, y en cuya cruz podrán leer una inscripción parecida a la que Temístocles, creemos que fué Temístocles, pusiera antiguamente en el mustio collado de un monte griego:—Caminante: aquí fué España. Descúbrete, saluda y sigue tu rumbo, porque por estas latitudes "holgas", o si se quiere, "huelgas".

"Solamente los hombres de buena fe, los ciudadanos integérrimos y probos, los patricios de austeridad, moralidad y rectitud a prueba de claudicaciones y debilidades, pueden evitar el horrendo cataclismo que se avecina, interviniendo activa y eficazmente en la cosa pública. Porque la cosa pública es la culpable de que nos hallemos en el período pre-agónico.

"Repara, lector y elector amado, en los individuos que desde hace mucho tiempo mangonean en la política y rigen la nave, mejor dicho, la destartallada canoa del Estado. Todos han sido, fueron y son una calamidad, y a ninguno tiene el diablo por dónde atraparle. El que no está desacreditado hasta las cachas, caece en absoluto de prestigio. El que

"no se equivocó, no acertó. El que no hizo alguna barbaridad, hizo algún disparate. El que no faltó a sus palabras, dejó de cumplir sus ofrecimientos. Y el que no corre, vuela.

"Y así no es posible continuar, si hemos de regenerarnos, renovarnos y "revisionarnos". Hay que llevar a las Cortes elementos que puedan realzar una labor fructífera y que no limiten su intervención en los asuntos trascendentales para la Patria, a decir "sí" o "no", o a no decir ni eso siquiera. Hombres sanos, sin contaminar ni malear y que estén en contacto con el pueblo, y que conozcan sus necesidades y sus aspiraciones, y que sepan lo que les falta y lo que les sobra.

"He aquí la razón de esta candidatura.

"¿Y para qué seguir?

"Sería ofenderos el presentaros a Delmonte, el grande, el único, el más popular de los habitantes del Reino, y cuya fama ha traspasado las fronteras, para gloria del bendito rincón del mundo que le vió nacer.

"Aquí hacía falta un hombre que arreglase este gallinero, es decir, "gallinero", no, este cotarro.

"Ecce-Homo.

"Votadle y llevadle al Parlamento, y veréis lo que es canela. ¡Veréis qué lances a la verónica, y qué quites, y qué pases de castigo con la zurda, como debe ser, y qué molinetes, y qué "estocás" en "too" lo alto, y qué faenas, en fin, las del fenómeno, siempre que sea preciso entregar a las mulillas alguna "mala faena" de los desahogados legisladores al uso!

"Y basta, que es tarde.

"Salud y suerte, compañeros.

"Adiós."

Hasta aquí el interesantísimo ma-

nifiesto, cuya lectura fué “devorada” por el público.

Claro es que había personas a quienes se les antojaba un absurdo inconcebible la presentación de aquella candidatura y de aquel candidato, pues el fenómeno, si como torero estaba bien, como representante del país ya era otra cosa. Y hasta hubo un tal Eugenio Noel que, obsesionado con la idea de que Pedrillo pudiese obtener un triunfo sin precedentes en los anales de la historia electoral, se volvió “chalupa” por completo, y dos días antes de las elecciones se tiró por el Vía-ducto, encontrándosele al infeliz en los bolsillos una conmovedora carta en la que decía que se culpase de su muerte al “flamenquismo” nacional, palabras que en vida empleó el desventurado en todos sus artículos y en todas sus obras. Porque el muerto fué un profundo y cultísimo escritor, al que por ir “contra la corriente” no hizo caso nadie.

La víspera de la batalla electoral se celebraron cuarenta y ocho “mitines” con objeto de presentar al fenómeno. En ellos usaron y abusaron de la palabra el literato, el vate, el pintor, el militar, el marqués de Santa Coleta, el revistero conocedor de los clásicos, Bigotillo; el mozo de estoques y el simpático Rogelio, un íntimo de Delmonte, y a quien el que suscribe, equivocadamente, por fortuna, hubo de nombrar hace algún tiempo desde las columnas de “El Liberal” camillero honorario del semi-diós.

El único que no habló fué Pedrillo, que nunca “se las había visto más gordas”. Naturalmente. Por algo dijo el otro: “Zapatero, a tus zapatos.”

Llegó el día de las elecciones.

Antes de que el rubicundo Febo

asomase por el Oriente, ya andaban por las calles, plazas y plazuelas de la corte una enormidad de ciudadanos de todas las categorías, castas y cataduras sociales, comentando apasionadamente el asunto del día y haciendo vaticinios, suposiciones y cálculos acerca de lo que saldría de las urnas.

Resultaba difícilísimo, imposible casi, prever el resultado de la lucha, que tenía que ser espantosa, feroz, por varios poderosos motivos. Aquellas elecciones eran las primeras que se celebraban desde que la opinión pública, justificada y resueltamente, se empeñó en que teníamos que regenerarnos, renovarnos y revisionarnos. Y para ello, lo primordial era establecer, sin trampa ni cartón, la pureza del sufragio, e impedir que la voluntad de los electores fuese escamoteada o adulterada, como venía sucediendo. Por otra parte, jamás habían aspirado a la elección hombres de más altura política que los que entonces figuraban en las candidaturas de todos y cada uno de los partidos, los cuales presentaban, según hemos indicado anteriormente, lo mejor de lo mejor de que disponían. Además, los aspirantes pasaban de trescientos y no podían salir a flote más que ocho.

A las siete y media de la mañana, media hora antes de comenzar la contienda, ya no se podía dar un paso por los alrededores de los colegios. La gente se agolpaba en las puertas, esperando que las abrieran para votar en seguida, con objeto de impedir que pudieran robarle los votos. Grupos de ciudadanos en pleno uso, goce y ejercicio de sus deberes y con absoluta consciencia de sus derechos, aparte de cada garrote que desvanecía, hallábanse decididos a que aquellas elec-

ciones fuesen un modelo, más aún, un empacho de legalidad.

Dieron las ocho en los relojes vecinos y las puertas, que no se abrieron en aquel instante, fueron derribadas en un santiamén por los electores, que entraron en los colegios como un "laúd", que dice cierto académico de la lengua. Y si en algunos sitios no se hallaban aún constituidas las Mesas, es decir, las mesas si se habían "constituído", lo que faltaba eran los interventores, se prescindió de éstos, o se colocaron en su lugar otros individuos, pues con interventores o sin ellos, de las urnas no saldría más que lo que entrase.

A las nueve de la mañana ya había votado el 50 por 100 del Censo, y a las doce, el 75, sin que a pesar de lo empeñado de la lucha y del entusiasmo de los votantes, que rayaba en el vértigo, hubiera que lamentar el menor incidente ni la más insignificante bronca. Nadie fué osado a turbar el orden ni la seriedad de aquella confortadora demostración de vida ciudadana.

A las cuatro de la tarde comenzó el escrutinio, y pronto se pudo apreciar que en muchas secciones no sólo había votado íntegramente el Censo, sino que los votos excedían del número de electores que figuraban en él. Sin duda se trataba de los sufragios de algunos muertos, porque de vivos no era posible que fuesen. De "vivos", ya era otra cosa.

Pero aquello no se debía tener en cuenta, y no se tuvo. Allí donde los votos pasaban de lo natural, se quitó el sobrante a prorratio entre todos los candidatos, y asunto concluido.

Una hora después se sabía en toda la capital que el triunfo del fenómeno, como presumiera el infeliz Noé,

había sido enorme y sin precedentes en los anales de la historia electoral de España, y aun del mundo conocido.

Los periódicos de la noche, que anticiparon su salida para calmar la impaciencia del público, anhelante por conocer el resultado de la jornada, fueron arrebatados de las manos de los vendedores. Faltaban datos de alguna que otra sección, pero ya podía asegurarse, sin miedo a tener que rectificar, quiénes eran los ocho candidatos, entre los mil que se presentaban, que habían conseguido salir triunfantes.

"La Renovación Social", diario que acababa de aparecer, publicó la lista de los vencedores.

Hela aquí:

	VOTOS
Don Pedro Delmonte.....	100.001
" Julián Besteiro.....	15.945
" Daniel Anguiano.....	14.873
" F. Largo Caballero.....	14.160
" Andrés Saborit.....	13.742
" Pablo Iglesias.....	12.903
" Melquiades Alvarez.....	11.410
" Antonio Maura.....	9.999

Seguían después los restantes candidatos con un reducido número de votos. Y entre los que no aspiraban a la elección, obtuvieron también algunos sufragios "El Pollo"—de los "pollistas" agradecidos, sin duda, y de los fotógrafos "esquirols"—, el coronel Vázquez y Herminia Rodríguez, una ciudadana, mejor dicho, una "compañera" que manipulaba en la cosa pública y que "se las tenía tiesas" con el más pintado.

Así que la gente vió confirmada de modo que no dejaba lugar a dudas la victoria colosal, aplastante del fenó-

meno, se desbordó completamente el entusiasmo popular, y aquello fué el “despiorren” de la satisfacción. Muchas personas lloraban de alegría como si se las hubiera muerto su padre, es decir—porque esto no me ha salido muy claro—, con el calor y la “copiosidad” que lo hicieran si hubiese “doblado” el autor de sus días y de sus noches.

El domicilio del flamante diputado se convirtió en un manicomio suelto. Todo el mundo quería saludar a Pedrillo y darle la enhorabuena. Las habitaciones hallábanse atestadas de ciudadanos que hacían esfuerzos inauditos por aproximarse al fenómeno, sin conseguirlo. Todos gritaban y gesticulaban como energúmenos. En la calle había también mucha más gente que el día glorioso de la apoteosis de Pedrillo, día que, según un escritor a quien hubo personas que quisieron fusilar por la espalda, se conocería en lo sucesivo por “El Día de Delmonte”, no por el de “La Conmemoración del descubrimiento de América”, fecha que casualmente coincidió con la apoteosis aludida.

Pedrillo no sabía lo que le pasaba. El, que a fuer de hombre discreto—porque lo era—hablaba siempre muy poco, y para eso tartamudeando, si no tenía seguridad en la consistencia y fundamento de sus palabras, o si desconocía el tema puesto sobre el tapete, aquella noche no despegaba los labios. Pero su semblante denotaba la intensa emoción que sentía por tan estrepitosas demostraciones de cariño, a las que, sonriente y afable, correspondía con sincera y conmovedora efusión.

Fué tal la aglomeración de público en la vía que caprichosamente hemos quedado en llamar pública, que la po-

licía se vió precisada a disolver los grupos para que no se interrumpiese la circulación de las personas que no tenían que ver nada con tan desusado homenaje, o por lo menos que no se sumaban a él, por haber concedido su voto a cualquiera de los contrincantes del pasmo coletudo. Pero a pesar de sus esfuerzos, la policía no logró su propósito por “las buenas”, y tuvo necesidad de recurrir a los procedimientos razonables que es forzoso poner en práctica por estas latitudes siempre que tenemos que cumplir los mandatos de las autoridades, esto es, “arrear estopa”. Y se armó un jollín de mil diablos, y hubo cargas, carreras, caídas, pateaduras, moquetes y otros excesos.

Cuando la calle quedó limpia, se percibió a lo lejos una música que avanzaba a los acordes de “La entrada de los Boyardos”. Nos explicaremos, porque así, a primera vista, no guardan la más pequeña relación una cosa y otra.

Uno de los íntimos del fenómeno, así que se enteró de la brillante victoria de éste, tuvo la peregrina ocurrencia de obsequiarle con una serenata. Y fué en busca del alcalde, de quien también era amigo, para pedirle la Banda Municipal, advirtiéndole que en atención a la molestia que su pensamiento pudiese ocasionar a la admirable agrupación artística, no tenía inconveniente en gratificar de un modo espléndido a los profesores.

Aquella demanda, de primera intención, antojósele al alcalde un desatino. Pero después de meditar sobre el asunto, accedió a lo que se le pedía. Al remate se trataba de un agasajo popular, y la Banda era del pueblo, aunque muchas veces no lo pareciera.

Por otra parte, el alcalde figuraba entre los "delmontistas" de pura cepa, ¿y qué mejor ocasión de contri- buir a la apoteosis del ídolo?

Se circularon las órdenes oportunas para que se reuniesen los miembros de la Banda, y si no se podía reunir a todos, dada la premura del caso, que se reuniera el mayor número de miembros posible.

Después de improbables trabajos, sólo pudieron reunirse treinta músicos, dando la pícara casualidad de que de ellos, veintiséis tocaban instrumentos metálicos, uno los platillos, otro "el campanario"—yo no sé cómo se denomina técnicamente el chisme con que se simulan las campanas—, otro el tambor y otro el clarinete, con lo que resultaba un conjunto sus miaji- tas desigual.

El verdaderamente insigne y sim- patiquísimo maestro Villa, único ciu- dadano que en Madrid y en media Pe- nínsula aventajaba en popularidad al fenómeno—popularidad infinitamente más merecida, lógica y bien ganada que la del asombro coletudo—, y per- donar si he "faltao", caballeros —, "irradiaba" indignación por todo su cuerpo. No estaba Villa acostumbrado a sonoridades de aquel jaez, ni a que su estupenda Banda sonase de tan en- diablada forma.

¡Y para eso le habían ido a buscar al café Español, donde se hallaba me- tiéndole mano a una descomunal fuen- te de sopas de huevos y jamón, he- chas con caldo de gallina, y a las que el ilustre maestro llama "sopas de ajo"!

Imagínate, lector bondadoso, con qué gusto interrumpiría el hombre su banquete y dejaría las sopas (?) para más adelante, en virtud de la urgen- cia del caso... Aquello era para rene-

gar de haber venido al mundo, o por lo menos para maldecir las serenatas, las elecciones, a los fenómenos, y al que inventase el sufragio universal... y las sopas de jamón.

Concluida la pieza de entrada, que ya hemos dicho que fué "La entrada de los Boyardos", la música "arreme- tió" contra Wagner, tocando algunos trozos de "La Walkyria", "Rienzi" y "Parsifal"—esto último a petición del mozo de estoques de Pedrillo—, y con- cluyendo la serenata con la "Rapsodia húngara", núm. 2, para lucimiento del gran músico Miguel Yuste, subdirec- tor de la Banda, y el cual, si no fue- ra, como lo es, el primer profesor de clarinete del mundo, hubiera sido for- zoso proclamarle como tal después de aquella fatigosa y laboriosa jornada, en la que no había otra "voz cantan- te" que la suya.

Hasta las tres de la madrugada duró la fiesta, con gran contentamiento y satisfacción de los vecinos de la ba- rriada, que tenían que levantarse tem- prano y no habían podido pegar un ojo, ni medio siquiera, en toda la no- che con semejante escándalo. Porque aquello, entre la música, las voces, los gritos, los cohetes, el baile, el jolgo- rio y la alegría, era un verdadero es- cándalo, aunque por extensión sin du- da se calificase de serenata.

Terminado el festejo, desfilaron poco a poco músicos y danzantes, y poco después sólo reinaba por allí la espantosa soledad del apacible sereno, en compañía de una despampanante borrachera que el hombre había co- gido para celebrar a su modo el faus- to acontecimiento.

En la habitación del fenómeno sólo quedaron sus íntimos, a los cuales ya conoce de sobra el lector, y un indi- viduo, pianista por más señas, y que

se quedó allí a ruego del literato, para lo que se verá más adelante.

—Bien, Pedro, bien—exclamó el poeta—. Supongo que estarás satisfecho con tu victoria... Esto hay que celebrarlo en familia, como si dijéramos... A ver, Felipe... Traete esas botellas de Agustín, que tenéis guardadas para los amigos...

El mozo de estoques obedeció el mandato y fuese en busca del Jerez.

—Mientras traen el vino—siguió el vate—voy a leerte, para ver si te gusta, una poesía que acabo de hacer y que pienso publicar en el próximo número del "The con Leche". Hela aquí.

Y sacando unas cuartillas del bolsillo, comenzó a leer:

¡HOSANNA!

(A PEDRO I EL GRANDE)

Ya ha llegado la ocasión de cambiar de situación.

Al fin va a empezar ahora nuestra regeneración.

¡Por Cristo, que ya era hora!

¡Basta ya de moldes viejos

y de prejuicios añejos

y de mortales rutinas!

¡Todo eso está ya muy lejos!

¡Eso es ya un montón de ruinas!

Terminaron los "turnantes",

y también, por su desgracia,

se acabaron los farsantes,

liquidó la yernocracia,

se derrumbó la autocracia,

se anularon los tunantes

y finó la plutocracia.

El inmundado caciquismo,

el favor y el nepotismo,

al fin desaparecieron,

hundiéndose en el abismo

a que llevarnos quisieron.

Concluyeron los amaños,

las farsas y los engaños,
y la situación tan crítica
en que nos tiene hace años
la odiada vieja política.

La hincaron, pues, los "cuneros"
de toda especie y calaña,
y los muchos chanchulleros,
sinvergüenzas y embusteros
que estaban... moliendo a España.

Vendrán, pues, tiempos mejores.
Se vislumbran de otra aurora
los esplendentes fulgores...

¡Vive Dios que ya era hora,
queridísimos lectores!

—Eso está pero que mu bien—afirmó, al concluir la lectura, el mozo de estoques, que se había quedado boquiabierto y como una estatua en la puerta de la habitación, con una botella de Jerez en cada mano—. Es usted un escritor sátiro de "aúpa".

—Querrás decir satírico—objetó el poeta—. Por lo menos, así se ha dicho siempre, aunque es posible que en estos tiempos de renovación se diga de otra manera.

—Sátira fina, mi amigo—añadió el literato—. Sí que eres de "aúpa", como dice este.

—Bueno, dejaros de historias y vamos a tomar un chupito—agregó el militar.

—Venga de ahí—siguió el pintor.

—Mientras—terminó el literato—, nos puede amenizar la vida este amigo, que es un músico de una pieza...

—¿De una pieza... de música?—interrumpió riendo el vate.

—A ver, Ferrero—dijo indignado el militar, dirigiéndose al pintor—. Tú que estás a su lado, dale un tiro a ese.

—Sí que "se las trae" el chistecito.

—Venga, maestro... ¡Tóquenos usted algo.

—Con mucho gusto.

Y el pianista se apresuró a cumplir la orden, "arrancándose" con el popular pasacalle de "El Pollo".

¡Nunca lo hubiera hecho! Como fieras arrojáronse sobre el ejecutante todos los allí presentes, y "le estropearon el pasodoble", y estuvo en un tris que no acabasen en aquel punto los días y las noches del desventurado artista.

—Pero ¿qué hace usted...? ¿A quién se le ocurre tocar aquí esa musiquilla?

—Eso no puede ocurrírsele más que a un imbécil como este tío.

—Perdonen ustedes, señores—gimió el pobre pianista—, Yo no sé más pasacalle torero que ese... Y en una reunión como la en que estamos, me ha parecido propio tocar alguna cosa flamenca... Porque la obertura de "Rienzi", por ejemplo, no hubiera encajado aquí.

—Como veréis, el amigo también maneja la sátira—exclamó el vate—. Se está "quedando con nosotros".

—Tíe razón este cabayero—intervino el fenómeno, que ya saben ustedes que era hombre de pocas palabras—. No sé por qué os ponéis así con él, ni

qué más da esta pieza que otra. To es música.

—¡Clavao!—remató sentencioso el mozo de estoques.

—Bueno, bueno... Se ha concluído. Váyase usted a la calle en seguida—ordenó el militar.

—Es que...

—¡A la calle, he dicho!

El pobre hombre obedeció temblando.

—Venga el vino, Felipe, que es tarde...

Cañita tras cañita fué desapareciendo poco a poco el néctar de Agustín, y mientras tanto, el fenómeno, rendido, hecho "harina" por tantas emociones, se quedó traspuesto.

Lo advirtieron sus íntimos y acordaron dejarle descansar, saliendo de puntillas de la alcoba, atendiendo la indicación del ex subsecretario de Instrucción pública, quien, como en otra ocasión solemne y memorable, exclamó en tono apenas perceptible:

—Salid con cuidado, por Dios... ¡Callad, callad, que no se despierte!... Amanecía.

Los gallos—con minúscula—cantaban a lo lejos.

IV



La expectación era desusada, enorme, y sólo comparable a la que existiría si se tratara de una corrida de toros en la que actuase Pedrillo en

unión de su fracasado rival "El Pollo", quien, a pesar de los pesares, aún contaba con algunos partidarios—también los tiene "El Chepa de los Cua-

tro Caminos", por ejemplo—, y aún torea, mal o bien, sus ciento cincuenta corridas anuales.

Los alrededores del Congreso se hallaban atestados de personas de todas las clases sociales conocidas y de varias que no se conocían.

La cola para el acceso a la tribuna pública se "desarrollaba" por la calle de Zorrilla, paseo del Prado, Recoletos, Castellana y altos del Hipódromo, perdiéndose a lo lejos en dirección a las Cuarenta Fanegas. Bien es verdad que esta tontería de cola se fué formando durante una semana, y sólo abandonaban su puesto los vencidos por los rigores de la temperatura, que eran "suaves"—corría un mes de Enero siberiano—, o los que lo vendían en cantidades fabulosas.

El salón de sesiones presentaba un aspecto imponente, nunca visto. En las tribunas reservadas hallábase el doble de gente que la que su capacidad parecía consentir. En la de diplomáticos, veíase a los representantes de todas las naciones del globo. Hermosas y elegantísimas damas realzaban con su presencia el brillantísimo conjunto, y hacían que unos padres de la Patria las contemplaran embelesados, y que otros se sintieran padres orgullosos de la madre de aquellas hijas. En los escaños no faltaba ni uno solo de los flamantes legisladores, y en el banco azul se encontraba el Gobierno en pleno. Cómo sería el "llenazo", que algunos diputados que no pudieron ocupar sus asientos, sin duda porque el país había elegido una porción de representantes de mayor volumen que el corriente, se tuvieron que colocar de pie en las puertas y desperdigados por el salón. Y hasta hubo quien se sentó encima de la mesa presidencial, con la venia del presidente, y en el

santo suelo, y en las rodillas de algún amable, "sí que también" resistente colega.

El motivo de tan inusitada expectación era el siguiente: Se estaba discutiendo el Mensaje de la Corona, y Pedrillo iba a intervenir en la discusión, consumiendo un turno, no se sabía si en contra o en pro de aquél, pues ya pertenecía a la historia la rutinaria costumbre de que tres o cuatro señores defendieran lo que en él se decía y otros tantos lo censurasen, sin saber, por lo general, lo que se "pescaba" ninguno de ellos, y sin que en fin de cuentas y pese a los que afirman que de la discusión surge la luz, saliera nada en limpio de tan descomunales torneos oratorios.

Dió principio la sesión, hablando antes que el fenómeno varios caballeros, a los que más les hubiera valido "estar duermes", pues en virtud de las conversaciones, de los murmullos y de la impaciencia de todos por oír a Pedrillo, nadie se enteró de una palabra, ni siquiera de una sílaba de cuanto dijeron, a grandes voces y con un entusiasmo digno de mejor causa. Porque según aseguró un uger de privilegiado tímpano, los perorantes se habían ocupado de "eso" de las subsistencias, pintando la situación con negros colores, y era justa la indiferencia con que les escuchó, mejor dicho, con que no les escuchó la gente. Bastante triste y lamentable resultaba por sí solo el tema para que todavía hubiese quien se complaciera en recordarlo y recargarlo.

Llegó el momento solemne. Se hizo un silencio sepulcral, dislacerante, como dicen cuatro "besugos" que discurren—¡qué más quisieran ellos!—por ahí. El presidente de la Cámara, señor Villavieja, acababa de conceder

la palabra al fenómeno. Este se levantó tambaleante y palidísimo, y al propio tiempo se oyó una estruendosa salva de aplausos en la tribuna pública, salva que al punto convirtiéndose en una ovación cerrada en las restantes tribunas y en el hemiciclo.—¿Se dice hemiciclo?—Hasta un macero no se pudo contener, y dejando la maza sobre las piernas de uno de los secretarios, echó a correr hacia Delmonte, y le dió un apasionado, aunque suave y cariñoso mordisco en la barbilla. Aquello, en fin, era una locura, y se asemejaba a un coso taurino en tarde o en noche de “fenomenalías”.

A duras penas se restableció el silencio, y Pedrillo, tartamudeando unas miajas, balbuceó no se sabe qué frases, porque apenas si se le oía. El ugiar del tímpano privilegiado, comunicó al público que el fenómeno había dicho:

—Muchas gracias tengáis ustés, cabayeros... Se estiman esas palmas, o si se quiere, esas palmás...

Breve pausa. Oíase el vuelo de las moscas por el recinto.

—Güeno—continuó el héroe—. Pues aquí estoy... Y vosotros también estáis... Por lo tanto, aquí estamos tos... Yo estoy aquí... porque me trajeron... Y me trajeron pa que viniera... Y es claro... vine... Y aquí me tenéis... Y no sé cómo empezar...

Un guasón, “pollista” seguramente, tuvo a bien gritar desde las alturas:

—¡Pues no empieces, hombre, y a otra cosa, que no estamos pa divagar!

Se oyeron algunas risas y un ruido semejante al que produce el estallido de una bombilla de luz eléctrica, y que resultó ser un moquete tremebundo administrado al interruptor de Pedrillo por un devoto de éste, que se

hallaba sentado—el devoto—a la diestra de aquél.

Se armó un jollín de dos mil diablos. El agredido, que por las trazas no era hombre que se dejase maltratar impunemente, tan pronto como se desvanecieron las estrellas que le bailaban delante de los ojos, cogió por el pescuezo a su agresor, sacudiólo, por buena cuenta, hasta catorce puñetazos en la nariz, o en las narices, si ustedes quieren, dos patadas en la tripa y un mordisco en la nuez, y como fin de fiesta, pretendió tirarle de cabeza al salón, lo que sin duda habría conseguido al no intervenir en el desaguisado la gente que rodeaba a los contrincantes.

Pero no pararon ahí las bromas, pues por lo visto, aquel energúmeno no iba sólo, y se trataba de una conjura de enemigos del fenómeno, formada con la reprochable intención de aguar el festejo. Y a las protestas de la mayoría de los asistentes, que gritaban iracundos y amenazadores:—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Silencio!... ¡A la calle!... ¡A la calle!...—, respondían los conjurados con otras voces asaz destempladas, y el alboroto alcanzó aterradoras proporciones. Y hubo una de “bofetás”, “mamporros” y “metidos” que encendían el pelo, y costó Dios y ayuda restablecer el orden, arrojando del salón a los contentientes.

Y aún resultó bastante más laborioso poder sujetar al ex subsecretario de Instrucción pública, que loco, fuera de sí, se empeñaba en salir al encuentro del promotor de la trapatiesta para “mascarlo los hígados”, aunque esta pequeñez no es una cosa tan fácil como a primera vista parece.

Pasada la tormenta, el fenómeno volvió a reanudar su discurso, tarta-

mudeando unas miajillas más que antes.

—Ya no... m'acuerdo... por... dónde... íbamos... M'ha trastornao... la mala faena... d'ese... socio... dei seis... digo, de l'andanada pública... como si... dijéramos...

Pedrillo se rasca el mentón, medita y enmudece.

—¡Ah, ya... m'acuerdo... Decía... Güeno... Yo soy... un hombre... de pocas... palabras... Me gustan... las cosas... en corto... y ceñido... Y pa que... lo entendáis mejor... porque... yo apenas si sé... hablar..., he mandao que... m'arregle el discurso... que pensaba... colocaros... a un amigo mío, que dicen... qu'es... estilista... y que... escribe... como... Dios... Veréis... ustedes.

El fenómeno sacó del bolsillo unas cuartillas y se dispuso a leer. Y mirando al presidente de la Cámara y al público, añadió:

—Con su permiso... cabayero... Vaya... por... ustedes.

—¡Pido la palabra para una cuestión previa!— exclamó, levantándose de su asiento, el ex subsecretario de Instrucción pública, a quien las con-sabidas corrientes de regeneración, renovación y revisión no consiguieron privarle del acta de diputado del antiguo régimen, digámoslo así, para no decirlo de otra manera.

—La tiene su señoría—repuso el presidente.

—Muchas gracias... Yo quisiera que se me permitiese leer el discurso del Sr. Delmonte. Este ilustre colega no se las ha visto nunca más gordas, ni se vió tampoco en fregados de la índole del que nos ocupa. Por otra parte, la intensa emoción que le embarga y el levisimo, aunque pesado tartamudeo que le acomete en las oca-

siones graves, harían que la peroración resultara un tanto difusa, incoherente, latosa, plumbea, valga la frase... De ahí mi deseo de leerla yo, que soy hombre avezado a las lides parlamentarias.

El presidente vacila unos instantes.

—No hay precedentes, o al menos, yo los desconozco, de que aquí se haya hecho jamás nada parecido... No obstante, como las cosas han cambiado mucho y esto ya no es lo que era, no tengo inconveniente, por mi parte, en acceder a la pretensión de S. S... Si el Congreso piensa como yo...

Por unanimidad se decide atender la demanda del ex subsecretario, y éste, radiante de júbilo, toma las cuartillas de manos del fenómeno, vuelve a su sitio, se sube los pantalones, se estira el chaleco, saca a relucir los puños de la camisa, tose y garraspea varias veces, y da principio a la lectura. En el salón vuelve a oírse el vuelo de las moscas, y aun más claro que antes.

“Señores—y que se pongan delante de los señores las señoras, si hay alguna presente—: Salud, fraternidad y regeneración.

”El diputado que suscribe, y que tiene el gusto de molestaros por vez primera, cumple ante todo con el deber de saludar a la Cámara, que ha tenido el honor de recibirle en su seno. Servíos, pues, aceptar, desde el señor presidente hasta el último ugier, mi cordial y cariñoso saludo, que podéis hacer extensivo a vuestras apreciables familias.

”Pasemos, sin más circunloquios ni tontunas, a tratar de la cuestión que me ha impulsado a dirigirme a tan dilecto concurso.

”No estoy conforme, ni en broma, con lo que aquí se ha expuesto por

los ciudadanos que me han precedido en el uso de la palabra, a propósito de la discusión del Mensaje de la Corona. Los que lo han defendido, han hecho los quites por las afueras, digámoslo así, y los que lo han censurado, hiciéronlo sin estrecharse, pinchando en hueso y sin exponer el físico, a fuerza de "espantás".

"Por otro lado, ese Mensaje no varía gran cosa de los que aquí se han discutido en legislaturas anteriores, y de los que al remate resultó, como todos sabéis, que no resultó nada.

"Ya hemos convenido hace algunos días en que nos es forzoso cambiar de rumbo y de orientaciones, pues el pobre país tiene "media" en todo lo alto, y casi en las propias agujas, y es menester impedir que con los capotazos de los peones se hunda la "espá" y liquidemos por defunción, o a manos de un Pepín cualquiera. Ya conocéis a Pepín, el "gachó" de la puntilla.

"Por consiguiente, entiendo yo que lo que hay que hacer es dejar a un lado todas esas cosas que andáis discutiendo, y emplear los "jayeres" que pensáis invertir en Instrucción pública, Fomento, Guerra, Marina, etc., etcétera, en lo que a continuación y en un periquete os voy a exponer, seguro de que estoy en la fija y más acertado que vosotros. Veréis ustedes.

"En primer lugar, os diré que me ha sorprendido que en ese Mensaje no os ocupéis, ni siquiera de refilón, como los malos piqueros, de un asunto que para nosotros los españoles es importantísimo y esencialísimo: el Arte de Cúchares.

"Y es esta una omisión injustificada. Porque aquí las cosas de cuernos figuran a la cabeza de todas las demás. Ni la política, ni las catástrofes nacionales, ni los conflictos de fuera

y por tabla, de dentro, ni la endiablada situación de las cinco partes del globo terráqueo, ni la inverosímil carestía de las subsistencias, ni las inúmeras dificultades que convierten la vida en algo así como un mito... Nada de eso, en fin, así de otras muchas pequeñeces de análogo jaez, nos interesa ni nos preocupa un ardite. Y aún nos preocuparía menos si encauzásemos bien las corrientes, y supiéramos aprovechar las enrgías que se gastan y malgastan en esta cuestión, y las fuerzas que se pierden, y los millones de duros que se gastan también, aunque éstos no se pierdan del todo, pues para evitarlo hay quien se sacrifica, como yo, y algún otro cofrade, de cuyo nombre no es preciso que me acuerde.

"Decía Joaquín Costa, el hombre de más talento que ha existido en España desde el siglo XVIII hasta nuestros días, que para arreglar y salvar a este país, no había más que dos caminos: la despensa y la escuela.

"Y es cierto. Aquí se arreglará todo cuando las despensas estén atestadas de comestibles y bebestibles, y cuando las escuelas se hallen ahitas de alumnos. Pero no las escuelas donde se aprende a leer, escribir, hacer números y demás, porque eso, al remate, son cosas superfluas, sino a las escuelas en que se aprenda a torear al puro estilo rondeño, que es el mejor. A esta clase de escuelas se refería sin duda el León de Graus, aunque le faltó completar el concepto, pues a las otras no era posible que se refiriese. Estamos, según dicen, en el siglo XX de la Era Cristiana, y todavía no saben leer, escribir, ni casi hablar, el 60 por 100 de los españoles, si las estadísticas no son una tontería. Y siendo esto así, está claro que

las escuelas donde se aprende, mejor dicho, donde no se aprende eso, no pintan nada, ni valen para nada. No hay afición para esas cosas.

"Y en cambio, ved a los niños de hoy, que son los hombres de mañana, si no me equivoco. Apenas se tienen de pie y ya están toreando, porque lo llevan en la masa sanguínea. Y torear a su padre y a su madre, y si van al colegio, hacen "novillos", y se pasan el día jugando al toro, y no duermen por la noche pensando en los toros, y si se duermen, sueñan con toros... Y así sucesivamente.

"Esos mismos muchachos, ya mozos, si algunos aprendieron a leer, no leen más que las revistas de la fiesta. Y no hablan de otra cosa, ni les interesa ningún otro particular, y sólo se apasionan y discuten por cuestiones taurinas, y no asisten a más espectáculos ni se divierten con festejo alguno que no sea la llamada con justicia fiesta nacional.

"Y cuando llegan a hombres cabales, ¡el caos, caballeros! El jornal o el sueldo que ganan lo emplean íntegramente en asistir a los toros. Y si hace falta, piden dinero, o lo roban—se dan casos—, y empeñan o venden todo lo que hay en su casa, y se quedan sin comer, y su familia, sin comer y sin cenar, en el supuesto de que se desayunen... Todo antes que perder, no ya las corridas de "postín", ni siquiera una sola novillada, aunque sea nocturna. ¡La Afición, señores, la Afición!

"Y si este hombre hace todas esas... ¿cómo las llamaremos?... trivialidades, y se limita a ocupar un escaño en la Plaza, es porque no ha podido, por falta de medios o de medios, realizar sus aspiraciones como lidiador en el redondel. Y no ha con-

seguido realizarlas por la indiferencia y pasividad de los Gobiernos, que no han querido aprovechar, fomentar ni proteger esas inclinaciones, ni han comprendido que su intervención en el asunto podría convertir al pueblo hispano en una grande y poderosa nación y vigorizar la raza. Porque es indiscutible que así se hubiera vigorizado la raza, que desgraciadamente ha venido muy a menos..."

El ex subsecretario interrumpe un instante la lectura, para descansar, y en la Cámara se oyen grandes murmullos de aprobación.

"Según dice mi apoderado, que es un hombre que en eso de los números es un fenómeno, hasta el punto de que ni por equivocación se equivoca, y si alguna vez yerra es siempre a mi favor, para que nadie se pueda molestar, los españoles invierten unos 600 millones de pesetas al año en toros. Fijaos bien en la cifra ¡600 millones! Citadme otro extremo de la vida nacional en que se emplee una suma ni remotamente aproximada, ni en que circule ni se desperdicie, digámoslo así, el dinero de ese modo. Además, decidme también si no es una cosa inaudita, extraordinaria, sorprendente, lo que ocurre en este particular. Todos sabemos que no hay quien tenga dos reales, que no se trabaja, que no se puede comer, que el ir tirando es más difícil que deshacerse de un miura aculado en tablas y con el "acordeón" en funciones. Nadie ignora las fatigas, los ahogos, las calamidades, las privaciones y las estrecheces de toda laya y condición que sufre el pueblo. Pues bien: organizad una corrida de toros; poned a las localidades el precio que os parezca, sin parar mientes en su elevación, y veréis cómo en un momento

se reúne una cantidad fabulosa, y cómo se llena la Plaza hasta el tejado, y cómo queda gente en la calle para llenar tres plazas más que hubiera. Repetid el festejo al día siguiente, y al otro, y al otro, y al otro, y así una semana, y una quincena, y un mes, y dos, y doce, y se repetirá el milagro. Porque eso es un milagro evidéntísimo, hasta para los que no creen ni creyeron nunca en cosas sobrenaturales.

"Y leed la Prensa. La mayoría de sus columnas están dedicadas a detallar minuciosa y prolijamente las corridas que se celebran en toda la nación. De muchos periódicos se venden miles y miles de ejemplares más que de ordinario siempre que traen una revista de toros. Y ya puede pasar lo que Dios quiera; todo se esfuma, todo se olvida, todo se da al traste... Ya se puede morir, por ejemplo, el más ilustre y el más grande de los españoles. A lo sumo, se publicará la esquila mortuoria, o una sandez de tres líneas con pretensiones de pésame... Ya puede ocurrir algo catastrófico, va se puede hundir el firmamento... Nada de eso le interesará ni preocupará a nadie.

"Existe también otra condición de índole moral que conviene tener muy en cuenta. Los ídolos de las multitudes, los hombres más populares, los más admirados, honrados y reverenciados entre nosotros, son, indisputablemente, los toreros, aunque me esté mal el decirlo. Todas las clases de la sociedad y sin distinción de sexos—permitidme que no me extienda en este punto y que abandone un camino peligroso—nos adoran y nos buscan, nos consideran y nos miman... Y algo tendrá el agua cuando la bendicen".

Nuevos y más pronunciados rumo-

res de aprobación interrumpen la lectura del discurso, distinguiéndose en las alabanzas las señoras que se encuentran en el salón.

"Por todo lo expuesto y por algunas otras razones que se reserva, con el fin de no molestaros más (protestas y voces de ¡no! ¡no!), el diputado que suscribe juzga llegada la hora de que el Gobierno intervenga eficaz y directamente en un extremo de primordial importancia para el país y para la vida de nuestros conciudadanos. He aquí algo de lo que pudiera hacerse a este respecto, a mi humilde juicio:

"Es indispensable la creación de una cátedra de toro en todos los Institutos y Universidades españolas. De los primeros saldrían los matadores de novillos, los cuales oportunamente se doctorarían en las segundas. Y aparte de esto y para la educación elemental, podrían crearse diez academias taurinas en cada uno de los distritos de las cuarenta y nueve capitales de provincia, y dos escuelas análogas en cada uno de los pueblos de la Península. Algo parecido pensaba hacer, sin duda, cierto Rey que sólo pasó a la Historia como aficionado de veras y por gastar paletó.

"Y a otra cosa, que es tarde.

"Meditad y reflexionad sobre mi proposición, encaminada a conseguir que este bendito pueblo se regenere y sea temido y respetado, viril y poderoso. Si me atendéis, que el Señor os lo premie, y si no, os lo demande. He dicho."

Una ovación estruendosa, interminable, acogió el final del discurso, y los vivos y las aclamaciones ensordecían. Los diputados abalanzáronse sobre Pedrillo, y le colmaron de felicitaciones, abrazos y besos. Y después,

con el presidente y los vicepresidentes de la Cámara a la cabeza, desfilaron todos en cuadrilla por delante del fenómeno, al compás del popularísimo pasodoble flamenco "La Giralda", tatareado por el Sr. Villavieja y coreado por los demás. Fué un espectáculo emocionante, conmovedor, sublime.

Salió Pedrillo a la calle en hombros, esta vez del militar y del pintor de marras, y la multitud, al verle, se volvió loca de entusiasmo, y aquello fué una locura. Exactamente lo mismo que el día de la apoteosis.

Para evitar una manifestación y a ruegos del ídolo, metieron a éste en un "auto", que partió a escape, y que

no atropelló a una enormidad de personas milagrosamente. Una porción de individuos echaron a correr detrás del coche, y derribaron y pisotearon a un anciano, que en una esquina estaba vendiendo libros "libres" a diez céntimos. Y un poco más adelante, dieron también en el suelo con el tinglado de otro viejo "sacamuelas" que expendía, a real la caja, un específico de su invención, para curar el histérico.

Recogidos que fueron, cuando pudo ser, ambos infelices, y debidamente identificados, resultó que el de los libros se llamaba Benito Pérez Paldós, y el del medicamento, Santiago Remón y Sajal...

Francisco Moya Rico.

En el próximo número se publicará la novela de

La Condesa de Pardo Bazán

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-

*insuperable
para
el engrase
de
los autos*

SUCESORES DE
E. Steinfeldt



OLEO-MOTOR

*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

PARA BUENOS IMPRESOS
:: Y SELLOS CAUCHO ::

Manuel López Ortega (hijos).
ENCOMIENDA, 20 duplicado.
Gran rapidez :: :: Fundición diaria.

La dirección de este periódico
advierte a los colaboradores es-
pontáneos que no se devuelven los
originales ni se mantiene corres-
pondencia acerca de ellos.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

— Precio del número: 25 céntimos. —

SUMMIT

Tónico nervioso

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

SUMMIT

Tónico nervioso

J. G. DE AMÉZAGA & C.º

Específicos, Productos químicos y Farmacéuticos,
Perfumería, Drogas, Representaciones.
BARCELONA.—Fernando, 57.—BARCELONA

SANTAL-BLANC

Medicamento indicadísimo para la curación de la Blenorragia, Cistitis, Prostatitis, y demás enfermedades de las vías urinarias.

Productos químicos enológicos

Ácido tartárico. Ácido cítrico. Antifermentos. Albuminas de sangre y de huevos para clarificación de vinos. Gelatina en placas «La Parfaite. Colas. Clarificantes líquidos.

Representantes depositarios en Cataluña de las Especialidades del Laboratorio Espinar, de Sevilla; de las especialidades farmacéuticas de J. Capdevila Ademá; de los productos farmacéuticos de F. Blanc, de Narbone (Francia); de las especialidades de la S. A. Yodógeno Cubas y de los productos químicos enológicos de la casa Charles Estager, de Burdeos (Francia).

NOTA.—La casa J. G. de Amézaga & C.º, enviará gratuitamente a cuantas personas lo soliciten, catálogos y prospectos explicativos de los productos farmacéuticos y químicos que expende.

“ Z E A ”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños.

25 céntimos

SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.
Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid